

...gado á
...promesas. La
...de nuestros compañeros y
...mesos rotos en los cam-
...pos del Recreo, San Vicente, Jui-
...galpa, Comalapa y Hato Grande
...donde quiera que á fuego y hierro
...tuvimos que romper la tiranía—
...está exigiendo que cumplamos
...con los sagrados deberes.

Muchos estamos dispuestos á
cumplir, cualquiera que sea la
suerte que lo porvenir nos señale.

Párrafo de un artículo

Del «Diario Nicaragüense», to-
mamos el siguiente párrafo:
"Compárense los elementos de
que dispusimos en esta fiera con-
tienda, con los recursos de nues-
tros amigos. Hemos peleado en
proporción de uno contra diez,
sin armas y de municiones,
sin municiones. Las inclemencias
del tiempo se desataban con-
tra la manigua hostil
sin término parecían de-
cirnos que de aquí no pasareis; y,
sin embargo, pasamos, y vinimos
desahucados. Bluefields á Managua ba-
rriamos con fuerza de huracán an-
tillana las numerosas buesdes de
la tiranía."

Por el estilo se conoce la pluma
galana de don Mariano Zelaya,
quien acaba de llegar de El Salva-
dor, en donde ha vivido tranquilo
y dedicado á las faenas de la en-
señanza, y á quien saludamos
atentamente.

En los Ministerios

Párrafo de un artículo

Del «Diario Nicaragüense», to-
mamos el siguiente párrafo:
"Compárense los elementos de
que dispusimos en esta fiera con-
tienda, con los recursos de nues-
tros amigos. Hemos peleado en
proporción de uno contra diez,
sin armas y de municiones,

...ra á
Zelaya, sino contra todos los que
tarante diez y siete años le ro-
dearon. La Revolución ha sido
el grito de libertad de todo un
pueblo, del pobre pueblo nica-
ragüense diezmado y vendido por
sus verdugos en extrañas tierras y
por la voluntad de un hombre.

No sigamos cometiendo el error
de atender más á la palabras que
á los hechos. Las palabras no
son nada, la conciencia es todo.
Así como en su totalidad casi los
liberales nicaragüenses no mere-
cen ese nombre, hay muchos con-
servadores, y permítaseme contar
en primera línea al Dr. don Adán
Cárdenas, jefe del partido, que
merecen ser llamados liberales en
el sentido más recto y más grande
de la palabra.

Hablemos de corrupción y de
inmoralidad políticas. Allí estriba
la fuerza de la Revolución. Como
en Inglaterra en los tiempos de
Cromwell el odio al vicio hizo la
libertad inglesa, en Nicaragua debe
hacerla el mismo sentimiento.

Parece, y siempre se ha tenido
como insano el odio; pero no lo
es cuando se siente contra los per-
versos, contra los que todo senti-
miento moral han perdido. San-
tifiquemos el odio que no mata,
sino que purifica, que arroja del
templo de la ley á los mercaderes,
como Cristo á los fariseos, sin ha-
cerles más daño que exponerles al
desprecio humano.

No hablemos de partidos por-
que eso es algo pequeño y la Re-
volución no ha de empequeñecer-
se con pasiones é intereses mez-
quinos. Hablemos de la patria,
que es el gran todo para los nica-
güenses ciudadanos. No quiero de-
cir que no llegará tiempo oportu-
no para que se deslinden los cam-
pos. Llegará, y se deslindarán
por virtud del pueblo, cuando éste
haya conocido á los hombres y las
ideas, cuando por el trabajo de la
prensa todo se haya enseñado y
depurado. Tratemos ahora sola-
mente de salvar la patria, todo

...tan fresca la
...herida que con hacha
...martillo Zelaya y sus compañe-
ros infirieron á Nicaragua, es
muy oportuna y necesaria la pu-
blicación referida, para que los
nicaragüenses delectren de con-
tinuo los caracteres de ese cinis-
mo, de esa mala fe sin nombre,
de esos elogios falsarios, que con el
mayor desparpajo escriben en pro
de una administración que en la
historia del mundo no tuvo igual,
y que no tendrá tal vez en los ve-
nideros siglos.

No podré negar que algunos de
los firmantes padecen de un yerro
muy común en la mayor parte de
las gentes, en lo que respecta á
la obediencia militar.

Yo preguntaría á esos hombres
si no tiene derecho para defender
á su madre el hijo cuando ve que
el esposo la maltrata, que la in-
sulta y la escarnece.—Yo por lo
menos me cruzaría en medio de
los dos, rechazaría con ambas ma-
nos al autor de mis días, sufriría
en el rostro por ella todo, todo,
hasta la muerte.—El hombre debe
obediencia ciega á la justicia, al
deber y al honor, pero por ningun
manera al crimen, la alevosía
y la traición.

Vivimos en una República, te-
nemos patria, leyes constituidas,
deber de respetar los derechos del
ciudadano, de no ensangrentar el
suelo querido con crímenes y guer-
ras injustificables. ¿Quién ha
de ser primero, el Gobernante, ó
la Patria? ¿A quién está obliga-
do á defender el hombre honrado,
sino á la Patria, á la tierra ma-
dre, el hogar de nuestros padres,
el zantuario de nuestras esposas?

Digo estas cosas por la acusa-
ción de *traidor* inferida al General
Juan José Estrada por Zelaya y
sus compañeros. Este hombre
los suyos no han tenido derecho
para esquilmar á la madre, para
abofetearla impunemente, para
reirse de todas las leyes sociales
y políticas.

El General Estrada, al contra-
rio, se hallaba en el deber de ve-
lar por su patria, por la ley y el

00
2
200
4.32
1.00
1.22
1.00
7.28
2.00
1.43
2.00
2.00
2.56
10.40
2.24
3.88

el peso de la ley contra los asesinos, los defraudadores del Tesoro Nacional, los conculcadores de los derechos y garantías. Justicia! Esa es la hermosa bandera de la Revolución.

Acuso—como habría dicho el gran Zolá—Quiero que un sol alumbré las tenebrosidades de esta larga noche de miseria. Quiero remover los mismos sepulcros de las víctimas para que todas maldigan. Es ley de Dios la reparación social. Hay un índice en la eternidad que vive señalando á

es el del niño á quien dan puñal y le señalan un cuerpo para herir.

Los que á fuero de inocencia é ignorancia ayudaron á Zelaya, conozcan su verro, ilústrense escuchando la verdad, y no teman nada del Gobierno actual. Ayúdenle mas bien en la tarea. Es tarea reparadora, es la voz pública que se levanta y maldice, es la justicia.

J. M. MONCADA.

Managua, 25 de Septiembre de 1910

El Doctor Adán Cárdenas

Ha llegado el ilustre proscrito á tierra nicaragüense y se encuentra ya en Managua. Viene en honor por una, en los momentos en que necesitamos su consejo, su ilustración y su carácter.

De todas las cabezas canas esa ha sido la más firme, la más noble en su protesta contra la tiranía. Permaneció en Puntarenas, á la orilla se puede decir del mar nicaragüense. Las olas, la arena de la patria, le azotaban los pies y siempre había en su cerebro el pensamiento del hombre libre, el criterio del hombre sano, la idea de justicia, tan propia del hombre honrado.

Le acompaña su familia y otro venerable, el Doctor Rafael Cabrera. Ambos son de aquella generación de virtuosos que se va haciendo rara en Nicaragua, y que nos ha de servir de ejemplo en estas horas de prueba, cuando todos se juntan, los unos para defender el honor de la tierra, los otros para atacarlo.

Se deslindan los campos, y cada cual se coloca en su puesto. Llegue el Doctor Cárdenas, tome las riendas de partido revolucionario que de derecho le pertenecen, sea el jefe de los que han hambre y sed de justicia, de los que todavía se sienten oprimidos por esta atmósfera de zelayismo que por desgracia no se ha extinguido todavía.

Sea bienvenido como, también todos los familiares y amigos que le acompañan.

J. M. MONCADA

Situación política y social de Europa

En América muy pocos tienen idea completa del estado actual de esa porción de poderosas naciones europeas; y muchos creen, cuando oyen pronunciar el nombre de alguna de ellas, que es país encantado en donde todo maravillosamente abunda.

Llamando maravillosos á todos los extremos, Europa, realmente, es maravilla. Los Estados man tienen numeroso ejército y gastan en él cuantiosas sumas del erario. Hay gente millonaria; de cuyos palacios y jardines nosotros ni en sueños sabemos nada; pero existen al mismo tiempo millones de pobres y mendigos que solamente tienen sus propias uñas para ali-

los culpables, que tiembla con indignación apocalíptica, que busca la verdad en el propio fondo de las tinieblas.

J. M. MONCADA

Managua, 21 de Septiembre de 1910

ES INOCENTE

En un campamento del Río Plata, cerca del Rama, conversaban dos revolucionarios sobre el sistema político de Zelaya, admirándose de que este hombre encarcelase sin fórmula de proceso y confiscara los bienes de sus enemigos por medio de simples órdenes.

Escuchaban la conversación unos dos soldados bastante jóvenes. Uno de ellos, interrumpiendo la conversación, preguntó con sencillez y naturalidad:

—¿Acaso no tiene derecho Zelaya?

Los dos revolucionarios se miraron sorprendidos. No se daban cuenta, mejor dicho, no comprendían tanta sencillez. ¿Qué edad tienen?, le dijeron casi al mismo tiempo al soldado.

—Diez y nueve años, contestó.

Es decir, los diez y seis años de gobierno zelayista, mas tres que tendría aquel joven cuando el tirano escaló el Poder.

Al par de ese hombre existe en Nicaragua una generación de veinte, de veinticinco años si se quiere, que ha vivido bajo la atmósfera de la tiranía, que no ha conocido otro modo de gobierno, que se halla enferma y ciega y que necesita de la luz de la prensa y del libro para comprender la verdad.

Esa generación es inocente. Ha pecado en la parte que apoyó á Zelaya por que no sabía nada de las prácticas democráticas. A fuerza de mirar que los ciudadanos amanecían en las cárceles y morían en los patibulos, como Guandique y Castro en Managua, Vado en Granada, los Vanegas en Jinotepe, llegó á creer inocentemente que el tirano y sus lugartenientes cumplían con un deber y acataban un derecho. Este es el profundo desquiciamiento de la moral, en los pueblos rígididos por hombres sin ley, y la razón mas evidente en favor de una justicia inexorable. No se trata de enemigos políticos, sino de reos comunes, obligados por derecho á resarcir los daños causados, á sufrir la pena que merecen, por el asesinato de los Guandique, los Castro, los

puertas de las cocheras, con pedazos de miembros arrancados por el frío, pululan en las grandes ciudades millones de abandonados que tienen por el mayor goce del mundo cerrar los ojos para siempre y perderse en la eternidad indescribible.

Países muy civilizados en verdad, pero que se están muriendo de un cáncer al parecer incurable. Toda esa muchedumbre harapienta, anónima, moribunda y muchos que pueden pensar y gozar de algún salario en las fábricas y en las minas, y otros que pueden dirigir, escribir, pronunciar discursos, sostener ideas, se reúnen y se constituyen en partidos políticos, ó sectas de las cuales la más temible es la del anarquismo, que proclama la destrucción de toda ley y todo gobierno, el repartimiento de la riqueza, el cultivo común de la tierra, la igualdad en la forma de humanidad equilibrada, nivelada. No quieren esos altos y bajos de la fortuna, superioridades y clases, empleos, jerarquías, potentados, reyes. Y no les quieren con odio mortal, y les atacan por medio de la dinamita y del incendio, por medio del puñal y del plomo.

Parece que el pueblo menestero-so ha recogido de antaño todas las amarguras y se las ha amontonado en la conciencia, de la cual salen ahora convertidas en odio y desvarío. Dicen que todos los potentados y los reyes son los culpables de esa miseria espantosa, porque acaparan por la fuerza y por el engaño todos los productos de los trabajadores, el dinero nacional. Piensan que esa riqueza del millonario es riqueza mal habida y sobre todo mal distribuida.

De las sectas la menos peligrosa es el socialismo, que reclama la igualdad, el reparto de los bienes por el amor, por espíritu de concordia y humanidad.

Todas estas ideas surgieron en Europa desde que muchos sabios y filósofos, juzgando desde puntos de vista falsos, dijeron que la propiedad es un robo.

Son puntos de vista falsos porque en verdad la tierra no ha sido creada para el hombre, sino para millones de seres que tienen que disputarse en ella, como en un circo de gladiadores, el predominio. La condición natural de la vida es la lucha. Nadie puede existir si no hace un esfuerzo por conquistar todo lo que necesita para su alimento y para el alimento de su familia. Las mismas fieras de los bosques tienen su cueva, sus garras para destruir la presa y engullírsela.

De todo esto participa también la humanidad. Tienen los hombres su cerebro y su brazo para la lucha de la existencia, y unos son más aptos que otros. Aquellos consiguen la riqueza y el poder, sirviéndose muchas veces de la muchedumbre anónima como de una escala.

No puede existir la igualdad absoluta como la proclaman los socialistas y anarquistas porque es condición natural del hombre el egoísmo. Para que la humani-

51
00
00
32
30
00
80
36
48
20
96
36
44
00
00
20
00
00
60
00
40
40
00
60
00
72
00
64
96
00
40
65

se levantó en defensa de ella, de la patria, con aplauso de los hombres honrados y del mundo civilizado. No es un traidor, es un patriota. Expuso su cabeza, su nombre, su hogar, por virtud de su amor á la justicia y á la humanidad.

Nadie podrá decir que el Jefe rebelde no fué bien querido en su puesto de la Costa Atlántica, y que no lo es ahora en el alto puesto á que le condujo la Revolución. Los nicaragüenses están contentos, y solo la pasión ciega y salvaje muestra todavía sus lances sanguinolentas.

Yo que paso largo de Zelaya, que siento horror invencible de ver la cara, la piel de José Dolores Gámez, voy con gusto á la guerra con el General Estrada, le doy la mano orgulloso, mientras le vea cumpliendo con el deber, y escribo la historia de la Revolución, incluyendo el nombre de Juan José Estrada en la lista de los que merecen bien de la República.

Antes que el Gobernante se halla la patria, y en su hermoso y fecundo seno se aposentan para el hombre honrado, la justicia y la ley.

J. M. MONCADA.

Managua, 21 de Septiembre de 1910

La intransigencia

LEY DE SELECCIÓN

Alguien podría decir que «El Caudillo» se muestra intolerante.

No se que lo digan, pero he sabido á ciencia cierta que lo llama impolítico. Para muchos la política consiste en apachucarse con todo, en perdonar á los pro-bonos, á los que felicitaban á Zelaya á cada período por su elevación al Poder, á los firmantes de millones de pesos billete que tienen en ruina y bancarrota á la Nación, á todos los que se llenaron los bolsillos y edificaron casas suntuosas con el sudor del pueblo nicaragüense.

Eso es política, dicen los que de ella entienden. Yo no la comprendo. Para mí la mejor política consiste en la honradez administrativa, en el buen manejo de los caudales públicos, en la preferencia debida á los hombres de bien, y en todo lo que sea honor, lealtad, y patriotismo.

Por lo menos, yo quisiera que esos hombres puros dirigieran el Estado y tras ellos fuera el pueblo.

Pienso por ejemplo que los artesanos de Managua, que no han yan hecho negocio con Zelaya, aunque hayan sido partidarios de él, pueden y deben acercarse al nuevo orden de cosas, pues no es posible que todos los hombres comendados al mal. Hay, pecadores inocentes, los hijos del pueblo, engañados por las palabras de sus caudillos, por la imperiosa necesidad de vivir, suprema necesidad de existencia. Estos pobres se acercan al Gobierno para pedir contratos de ropa, trabajo en los cuarteles, en los edificios públicos, y debe dárseles; y es necesario contar con ellos pa-

ra la regeneración del país. Son hermanos, son nicaragüenses que tienen hambre.

Los artesanos de León que fueron enemigos de Zelaya, y que en gañados por las palabras de Madrid y sus promesas, fueron á la guerra contra la revolución, tienen derecho á mezclarse en el movimiento revolucionario. El despertar de ellos no es el despertar del probono que está buscando nuestra amistad para seguir lucrando con la nación. Por allí andan algunos pidiendo ya contratos para abastecimiento de aguardiente, de tabaco, con derecho exclusivo. ¿Cuándo acabaremos de probar que la Revolución no se ha hecho para el medro ruin y personal?

Lo que es el pueblo inocente, los artesanos de Managua que fueron revolucionarios contra Madrid y contra Zelaya, el pueblo leones, en la parte que se haya mantenido firme contra el tirano, toda esa gran masa social, víctimas de todos siempre, de tirios y troyanos, que llegue al Campo de Marte y que pida educación, escuela para sus hijos, trabajo para sus hermanos, para todos los que han hambre y sed, como lo manda la ley de Jesucristo.

Pero los concusionarios, los participantes en monopolios de tabaco y de aguardiente, y de sal y de pesca y hule, y de todo, hasta del aire que respirábamos, que no se acerquen. La conciencia pública está contra ellos. Es el programa inquebrantable de la Revolución.

Y aquellos de nosotros que acepten á los manchados, que defiendan á los conculcadores de la ley y malversadores del tesoro público, sepan de una vez que manchan la Revolución, que se manchan ellos, en virtud de aquel gran principio moral de que los hombres de carácter, tendencias y moralidad semejantes se juntan siempre y se estrechan.

La mejor política será, pues, la que arroje á los perversos y la que vele por los intereses del pueblo.

J. M. MONCADA.

Managua, 22 de Septiembre de 1910

JUSTICIA

La ley de selección

La voz suprema de la naturaleza, la ley de Dios para el perfeccionamiento indefinido de los seres, se llama ley de selección.

La psicología está demostrando con claridad suma que esa gran ley rige también en la vida social. Propende el mundo al perfeccionamiento, social escogiendo educando á los hombres. Que se levanten sobre las multitudes los venerables, y que sigan su ejemplo las generaciones jóvenes. Si queremos que reinen la justicia y la moral, hay que escoger á hombres capaces de comprender y amar esas grandes finalidades humanas.

Se crea que pido venganzas
Pido justicia en alta

desde... que no tiene necesidad de... temporizar con el crimen... moralidad,

Los nicaragüenses hemos decidido mucho por el desgobierno de Zelaya. Durante su funesto reinado no hubo tranquilidad en los hogares, gemieron los buenos en la penitenciaría, se ahorcaron todas las virtudes. Muchos de los cómplices están aquí. Yo pido que se haga justicia, que se someta á juicio, que los tribunales abran cuentas á los defraudadores del Tesoro Público. Que se restituya lo robado.

Managua tiene muchas casas edificadas por Zelaya con dinero del pueblo, vendidas unas por él mismo á la Nación, como el Campo de Marte; vendidas otras con escrituras de ventas simuladas.

José Dolores Gámez se enriqueció acarreando para su casa y sus haciendas el haber de los conservadores; José Dolores Gómez cuenta por allí con propiedades habidas del mismo modo vil. Citen nombres propios, no por el placer de ofender, sino para no ir á hurtadillas, esquivando la responsabilidad, al oído de los jueces y haciendo cruces de hipocresía.

Francisco Baca con imposición y fuerza casi hizo que le reconocieran pérdidas de origen dudoso.

Muchos madricistas salieron del Palacio dejando en las calles los regueros de billetes. En Corinto compraban oro al tres mil de premio.

No hay justicia? Estas cosas no tienen sanción?

Yo pido justicia. La demando en nombre de la moral. Hace diez y siete años que el pueblo no escucha la verdad, pues le mantuvieron en tinieblas los políticos, cubiertos con manto de púrpura, con ropaje de liberales. Diez y siete años de escarnio sangriento á la libertad, piden reparación.

Declaro inocente al pueblo que fué zelayista. La clase directora es la obligada á conocer y practicar los deberes sociales. Ella debe dar ejemplo de moralidad.

Ella es pues en Nicaragua la responsable. Que salga á luz todo eso. Que no digan los políticos de componendas que es preciso perdonar. La moral tiene sus fueros, la justicia humana es también justicia de Dios.

Debemos arrancar la máscara del crimen. Vean como Zelaya escribe reivindicándose. El odio, el despotismo sigue infiriendo al pueblo nicaragüense el insulto de creerle una manada, una muchedumbre de idiotas. Cree que no tenemos memoria.

Por allí circulaban periódicos que se atreven á defender el horror de esos diez y siete años. No puede ser mayor la audacia ni el cinismo. Se levantan de la po-dredumbre en que han vivido con gesto trágico siguen señalando como reos de delito á los revolucionarios, á los únicos que se han mantenido con la frente serena, en desafío homérico á la fuerza bruta.

En otra parte dice un... que no amparan tod...
lica

9

dad llegara al estado de completa concordia y altruismo sería necesario una larga serie de siglos de educación inspirada en sentimientos fraternales. Sería preciso de formar, deshacer la idiosincracia, el temperamento que de la naturaleza tomamos, forjando un hombre nuevo, una criatura que no entró, ni entrará en las cuentas de la creación orgánica, en el programa universal de la lucha por la existencia.

Si yo, por ejemplo, con mi brazo y con esfuerzo, me construyo una casa y un hogar, en donde pueda cubrir mis miembros ateridos y darles calor á la lumbre de la estufa; si mis aptitudes me dan lo bastante para alimentar á mi

familia (porqué he de repartir mis bienes, adquiridos con el sudor de mi frente, con aquel otro que en las calles se muere de indolencia, ó mal gasta su salud y su trabajo en el garito?

Nunca podrá ser esto racional ni justo. Nunca será posible nivelar con tabla rasa las conciencias y las fortunas; y cuando á fuerza de sangre y muerte se consiguiera, la humanidad, desviada de su corriente natural, pararía en el aniquilamiento, en el suicidio universal.

J. M. MONCADA.

Managua 28 de Septiembre de 1910

Propósito inquebrantable

10

Circulan por allí muchos periódicos. Aun los que se acomodan á una vida de esclavos y eran partidarios de la tiranía, y no pensaban sino por los sesos de José Santos Zelaya, y eran verdugos de la libertad del pensamiento, y de la libertad de conciencia y de todos los derechos del hombre; y profesan el principio prudhoniano de que la propiedad es un robo, y como para demostrarlo la robaban ellos de los particulares y del Estado; aun los que nos encadenaron en la Penitenciaría, y nos cazaban como á fieras en los montes, y nos ofendían en el hogar y en la calle, y corrompían todo lo bueno y lo más noble; esos mismos que engañan con palabras, que mienten con descaro, hacen uso de la libertad conquistada por nosotros y nos la echan encima lívidos y sangrientos, porque como á Robespierre la sangre de Danton les ahoga.

Se ocultan en la cueva como Marat y de allí claman por nuevo incendio; y dicen y juran, y blasfeman, en nombre de una libertad que apenas han comprendido, que jamás amaron, que siempre pusieron en vilipendio; y quieren seguir engañando al pueblo, á este pobre pueblo nicaragüense explotado, sangrado, aniquilado, deshonrado. Toman el manto blanco, la inocencia, y se cubren con ella, y no sienten pena alguna, y se creen los salvadores, y pretenden tener derechos, y libertades y garantías que ellos nunca nos dieron.

Y esto es lo más grande y lo más noble de la Revolución. Se yergue sobre las pavesas de la libertad, incendiada por otros, y toma de las pavesas mismas en que yace la República la luz para iluminar el camino, para devolver sus derechos á la conciencia, su fulgor al pensamiento, tolerando que salga, que brote de la misma cueva del crimen, en donde se ocultó Marat, el sanguinario, el perturbador de Nicaragua, el verdugo de Rivera, Vado, de los conservadores, la ley y la justicia.

Sabiendo que somos hombres honrados y que no pondremos á precio su cabeza, á pesar de merecerlo por el daño que ha causado á la nación y que todavía quiere causar hablando á los jóvenes, á las cabezas enfermas, de libertad y de partido, cuando todo lo hizo fenecer de acuerdo con su cómplice en la corriente malsana.

Pues bien, si él tiene el propósito inquebrantable de continuar en la lucha del mal, hay también quien tenga la fe ciega, la convicción imponente en el bien, en la honradez del pueblo nicaragüense, en la verdad única y pura. Ese se enfrentará otra vez al crimen como se ha enfrentado siempre y predicará la virtud, el derecho y la justicia, clamando siempre por que la prensa sea libre, porque la misma voz de los detentadores de ayer sea escuchada.

Pongamos por juez á la nación. Ella resolverá. Liberales y conservadores, aquellos que tengan pura la conciencia y que no hayan caído en la charca zelayista, el pueblo nicaragüense engañado, el hogar que no transigió con los malos, y los malos mismos, van á dar la razón á quien la tiene, porque eso tiene la verdad de hermosa. Es siempre luz, esparce rayos, penetra en las tenebrosidades de la conciencia, extiende las cosas á los ojos de los mortales como las señales de un mapa á los ojos del geógrafo.

J. M. MONCADA.

Managua, 29 de Septiembre de 1910

Son también inocentes

Me decía un hombre cuerdo no hace mucho, un extranjero, pero en mi sentir más nicaragüense que extranjero:

Atabo su artículo. ES INOCENTE; pero no crea que solo el pueblo necesita de la prensa y del libro, de que le abran los ojos, también los de levita.

Y entonces recordé que un sobrino de Adolfo Díaz, José Pasos Díaz, reconvenido por qué había ido á Namasigüe á pelear por Zelaya, dijo: *Pero si soy liberal, yo no he visto más hombre que Zelaya en Nicaragua, solo de liberales oigo hablar, y si alguna vez pronuncian el nombre de los conservadores, lo pronuncia la prensa zelayista para maldecirlo.*

Y ese joven Pasos es uno de los jóvenes más inteligentes que he conocido; pero según creo no tiene diez y siete años, es decir, nació bajo esta odiosa atmósfera, escuchando esa palabra libertad,

5

y esa otra *liberales*, de cuyo mundo se engañó siempre con ellas y se engaña todavía. Yo fui joven, yo fui partidario de la Revolución de Julio, estuve tres meses cerca de Zelaya y de los suyos, y yo escribía con amor y con orgullo en nombre de esas ideas que me han servido de calvario.

Tengo que raciocinar, pues, con justicia, hablar con fe y convicción para decir al pueblo y á ese otro vulgo de que nos habla Cervantes, que les han engañado, que el liberalismo solo puede existir en la región de las ideas ó en un término medio, como se conoce entre los ingleses. No existe ni en lo físico la libertad absoluta. Los mundos se mueven en el espacio bajo la fuerza omnipotente de una gran ley: la gravitación universal y sin embargo, son astros. Su masa es incalculable para nosotros, su fuerza no es para medida en este planeta que nos ha tocado en suerte. Podría decirse que son infinitos y de esta manera concluir que también lo infinito obedece á la ley.

¿Por qué no hemos de obedecer á la ley nosotros, débiles gusanos?

¿Con qué derecho podemos proclamar y demandar libertades irrestrictas, desgobierno y desorden?

Los extremos nada saben crear. Las fuertes lluvias destruyen la sementera; la sequía las mata igualmente. Se necesita una lluvia regular y periódica. Es preciso que haya día y noche, agua y sol, calor y frío, pues de lo contrario reina el desierto ó reina el hielo. Nacen el Sahara ó el Polo y en estas extremidades no existe la vida.

Otro tanto sucede en la vida social. Las leyes eternas la rigen también. Que no haya desbordamiento ni precipicios. El término medio es la ley política que preconizaba Confucio y que ha sabido fundar la libertad inglesa.

¿Podremos fundarla los nicaragüenses?

Por estas razones *El Centinela* aboga por la libertad de los jóvenes leoneses que insultaron al Dr. Cárdenas y á su comitiva. Son inocentes, hay que perdonarles porque no saben lo que hacen. Se enamoran de las palabras como todos los inexpertos, y van á la plaza con la boca llena de ideas que jamás han comprendido los llamados liberales nicaragüenses.

Por desgracia llevan trazas de no comprenderlas nunca; y esto es desesperante, para la patria la justicia, y la moral, porque se guirrá enraizando el desenfreno, la corrupción política en esta tierra nicaragüense que tanto necesita de paz para curarse de la caatalepsia, para surgir del sepulcro en que Zelaya, Gámez y otros tantos la colocaron.

J. M. MONCADA.

Todo evoluciona, Todo cambia

Yo pregunto: ¿debemos conservar las antiguas denominaciones de los partidos, sus viejas creencias, sus ideas, y lo que es peor, sus aspiraciones?

Estas palabras, conservadores y liberales, ¿no tienen un largo pasado que ya cansa, que affige, que hace daño á la República?

Por lo demás, ¿corresponden los hechos á las palabras, las prácticas á las ideas? ¿no se oye decir á los conservadores en todos los tonos, que por lo que respecta á Nicaragua ellos son los que tienen el derecho de llamarse liberales?

Y á fe que tienen razón. Quisiera tener tiempo de sobra para referir los altos merecimientos y las nobles acciones de los que se llamaron Fernando Guzmán Vicente Cuadra, Pedro Joaquín Chamorro, Joaquín Zavala, Evaristo Cárdenas, honor y gloria, sobreviviente preclaro de aquella generación forjada en las desgracias del 54 y 56.

Fijemos nuestra atención en ese recuerdo singular: *forjados en la desgracia*. Conservo un libro inédito, con biografías cortas de los hombres célebres; leyéndolas se convence el lector de que el hombre se forja mejor en el martirio é ilumina su alma con las más nobles ideas y la más hermosa conciencia.

Nadie podrá negar que los sucesos de hoy son una copia de aquellos luctuosos y memorables. ¿Por qué no aprovechar como lección aquella historia, para que todos como patriotas procuremos el bien común? Se unieron en aquel entonces liberales y conservadores de corazón para salvar el país, y lo salvaron con el noble desprendimiento de Máximo Jerez, cuyo yerro bien merece anatema, pero cuyas virtudes bien merecen la recompensa de la historia.

¿En será hoy el desprendido? ¿Quiénes ó quienes serán capaz de ofrecer en sacrificio sus ambiciones y prestigios?

Yo no lo sé, ni ha llegado la hora de averlo. Por la honra de mis paisanos y por lo mucho que he demostrado ser patriotas, confío en que todos, en la hora solemne sabrán ser abnegados y heroicos para sacrificar ambiciones personales ó de caudillaje.

Ya llega la hora de que muera el caudillaje. Si contra él hemos derramado tanta sangre, no es lógico que se levante uno nuevo sobre las cenizas de nuestros ciudadanos.

De estas verdades se desprende y se aguilata el deber en que estamos de rendir culto al deseo del pueblo, á cierto anhelo que se nota en la parte oprimida de los nicaragüenses, que no quieren partidos extremistas, porque recuerdan la historia humana, la cual está llena de hecatombes y de martirios, que por fanatismo, sea político, sea religioso, se han sucedi-

do.
Todo fenece, todo cambia. Queremos conservar tradiciones es lo mismo que conservar tiranos y dinastías. Las sociedades quieren y exigen concesiones á la civilización. La ley del mundo social, del mundo político, como la ley del mundo animal, es ley evolutiva. Van las cosas y las ideas arreglándose sin cataclismos y sin lágrimas en el sentido de una resultante, la resultante de todas las fuerzas, de todas las voluntades y anhelos.

Demos, pues, al pueblo lo que pide, concedamos lo que es justo. Cambiemos en primer término las palabras, porque por una aberración inexplicable las conciencias se enamoran más de ellas que de la verdad y de los hechos. Los pueblos y los hombres se dejan deslumbrar por lo que brilla y no por lo que yace, modesto y olvidado, en el rincón tal vez, como el mismo Spencer dice refiriéndose á la ciencia y la literatura. Aquella es la modesta y sin embargo la obrera del mundo; y la otra es la chillona y relumbrante, y sin embargo dañosa casi siempre á la moral del mundo.

J. M. MONCADA.

En la gloria

De poco ha servido la propaganda hecha contra el probonismo. Un amigo, en cuya palabra confío, me dice de Granada que acaba de entrar á la gloria, es decir, al Campo de Marte, un probono, y que á ese paso no estará lejana la retirada del elemento revolucionario de aquel que, contra todos los vientos y todas las desgracias, luchó por la libertad, mientras otros se hartaban del presupuesto.

Proviene este mal de que nuestros amigos del interior no han querido ser suficientemente abnegados para confiar al núcleo revolucionario la dirección completa de la cosa pública. Prefiriendo al partidario, al deudo, al amigo incondicional, como lo hizo Zelaya y lo hacen todos los gobernantes, se prestan fácilmente á esta clase de transacciones con el crimen y la inmoralidad.

«El Centinela» no lo quiere callar, porque es su programa y es el programa entero de la Revolución. No pronuncia el nombre del impúdico que después de hacer negocios con Zelaya y á costa de la nación, y á pesar de la protesta del país, acepta un empleo, y entra á la gloria, es decir, al Campo de Marte, sin derecho alguno.

Muchos pensarán que cada cual tiene derecho para nombrar ó buscar un compañero. Sin duda tienen derecho todos para eso, pero tratándose de empleos públicos, el gran derecho y el gran deber descansan en la moralidad.

Por eso se alza la voz en alto. Realmente, cada día me convenzo más de que ha sido un yerro de la Revolución dejar el cauce con que llegó del Rama, aquella fuerza poderosa que la hacía irresistible, con su Presidente Provisio-

nal, su Ministro General y su General en Jefe.

Ya sentimos muchos haber llegado al interior. Mejor estaríamos en la montaña, lejos de esta corrupción que anonada. Codean á los revolucionarios. Con aña y vida van apartando á los que derramaron su sangre y aun consideran q. ya estorban y q. es muy conveniente para ellos un paseo por el extranjero.

Están en un yerro si creen que el núcleo revolucionario se ha fraccionado. No se fracciona, se estrecha contra el peligro y jura perseverar en el programa con todas las fuerzas que ha demostrado poseer en el combate y en la diplomacia.

Retírense á tiempo los traficantes del tesoro público; no se empeñen en penetrar por las puertas del santuario; no obliguen al país, de nuevo, á levantar el brazo, con el látigo en la mano.

Moralidad, es la consigna de la Revolución. En ese gran designio estamos todos unidos, prescindiendo de partidos y contemplaciones. No olvidaremos estos diez y siete años de amargura, en la cual todos han puesto su gota: los unos apoyando al tirano con la fuerza y sirviéndole de escala, los otros con sus negociaciones escandalosas y los monopolios que pesaban sobre el pueblo, y la mayoría con su indiferencia.

Muchos de los revolucionarios de hoy son de última hora. Se acercaron á la Revolución después del Paso y de La Fuente. Olviden la intriga, dejen el vicio, aléjense, pues queremos marchar por atmósferas puras y serenas.

J. M. MONCADA.

Enfermedad de la raza latina

Causas de esta enfermedad

I

Decimos que un hombre se halla enfermo, cuando por síntomas claros y palpables se alteran y definen las funciones fisiológicas y cerebrales. Su organismo padece y no puede llenar cumplidamente la misión orgánica intelectual de la criatura humana.

Correlativamente, podemos decir que una sociedad, un pueblo, una raza, se hallan enfermas cuando su organismo padece. No puede marchar, tropieza vacila, se siente débil y sin las fuerzas necesarias para proseguir en el camino de su perfeccionamiento.

Pero una sociedad, un pueblo, una raza, se componen de individuos. Aquellas masas se forman con la aglomeración de unidades individuales, como la cantidad matemática.

Luego, con toda lógica, se puede establecer que la enfermedad, la debilidad del cuerpo social son el resultado de la enfermedad y la debilidad de la mayoría de sus individuos. Si examinados estos uno á uno, se llegare á notar que están enfermos física y moralmente, que no tienen fuerzas para proveer á su propia subsistencia,

6
8
9
4
9
4
6
4
4
6
8
6
8
6
6
8
16
32

el sociólogo, el psicólogo, pueden concluir diciendo, que aquella sociedad, aquel pueblo, aquella raza, padecen de grave mal y que necesitan de un procedimiento curativo, de remedio y tal vez de operaciones y sangrías radicales.

Igualmente, por consecuencia inevitable, cuando se observa que un pueblo no marcha, que carece de fuerzas propulsoras, que se anarquiza, se debe inducir que la mayoría de sus miembros componentes, de sus individuos, se halla enferma y que el pueblo todo necesita de estímulos y reacciones tendentes á la salud y á la vida.

Al sociólogo y al psicólogo corresponde entonces el exámen de los miembros gangrenados, de las facultades intelectuales lesionadas, del cuerpo social enfermo. Y como las manifestaciones del cuerpo social tienen origen en las manifestaciones parciales, en el conjunto de las manifestaciones individuales, el educacionista, el director de un pueblo, el gobernante, pueden encontrar el remedio de la totalidad curando uno á uno los individuos, los miembros componentes.

Mas, cómo se podrán curar? Por dónde se debe comenzar? ¿Cuáles de esos individuos se hallan en estado crónico, es decir, en imposibilidad manifiesta de sanar, física ó moralmente?

Examinemos un poco, para contestar á esas preguntas, el carácter de las enfermedades del hombre, su desarrollo y sus períodos especiales.

Cuando se dice que un tísico se encuentra en el último período, se pronuncia como una sentencia de muerte. Queremos decir que su mal ha llegado á completo desarrollo y que carcome los pulmones de su víctima y la empuja al sepulcro.

Cuando, al contrario, el médico diagnostica que la tisis se halla en el primer período, que comienza á invadir el tegido pulmonar, los deudos y los amigos conciben esperanzas. El mal es curable, en general. La criatura puede luchar contra el enemigo y puede vencerlo. Y si se encuentra en edad infantil, siquiera relativamente joven, el triunfo es más seguro.

En consecuencia, puede establecerse que la tisis se desarrolla gradualmente y que en sus comienzos no es enfermedad mortal sino en grado relativo. Tiene infancia y vejez. En su infancia es curable, en su vejez no.

Si la adquiere un niño, y su médico y sus padres son personas medianamente entendidos en la fisiología animal, la cura es más fácil. Sometida la criatura á un régimen de aire puro, de ejercicios apropiados, alimentación sana y sumamente digerible y á la

influencia de los rayos solares, que devuelven siempre á la sangre su vigor, la enfermedad cede, huye. La naturaleza infantil triunfa, porque es de suyo poderosa, apta para la vida, para la fuerza, para el desarrollo.

Y todas las enfermedades físicas, mortales y crónicas, de que

padecen los humanos, pasan por los mismos períodos y tienen épocas en las cuales son curables, en relación directa con la fuerza vital del individuo.

Luego, á medida que el hombre es más fuerte, más vigoroso, más lleno de sangre, mejor puede resistir los males físicos; y mientras más joven es, en mayor aptitud se halla para vencer los males físicos y para vivir.

Una carta

Señor don Benicio Casco,

P.

Por allí están trayendo y manejando, en periódicos que no necesitan nombrar, la venta de mil ejemplares de mi libro *Lo Porvenir*, al Gobierno de Zelaya.

Como Ud. fué quien, en su calidad de agente hizo la venta, me dirijo hoy á Ud. para que se sirva decir en qué consistió aquel negocio. Recuerdo que por influencias de Félix P. Zelaya y Leopoldo Ramírez M. Ud. consiguió vender seiscientos ejemplares de la obra, á razón de dos pesos el ejemplar. Con el producto pagué á Félix García Torres ochocientos pesos por la impresión, doscientos á Ud. por comisión, y ciento sesenta, si mal no recuerdo, por una parte del papel empleado, á Tretropp, del comercio de Granada.

Pero también recuerdo que me compraron el libro sin leerlo, y que una vez leído mandaron recoger la edición. García Torres, para poder cumplir con su compromiso personal, y entregarme el resto de ejemplares, se vió en dificultades. Comprendieron los del Gobierno, no don Félix Pedro Zelaya R., quien siempre me demostró sincera amistad, que habían cometido una torpeza, pues desde sus primeras páginas el libro es una excitativa á la rebelión contra los tiranos.

Recuerdo igualmente que al consultarme Ud. sobre el negocio, le dije que bien podía vender á quien quisiera comprar, pues para eso y no otra cosa se imprimen libros y se anuncian; que, además, Zelaya no compraba con su dinero la obra, sino con dinero de la nación. Según mi modo de entender estas cosas, con la nación quedaría yo obligado, con el pueblo, y de ninguna manera con la tiranía.

Dígame si no he cumplido con mi deber.

Comprendí que en verdad querían halagarme; pero al mismo tiempo me llevaban á la cárcel, por los años de 1900, 1901, 1902 y 1903.

Don Félix Pedro Zelaya llevó sus esfuerzos por favorecerme y atraerme al zelayismo hasta el extremo de comprarme la edición de otro libro sobre el cultivo del tabaco. Me compró el derecho de impresión por mil pesos; y Ud. mismo, señor Casco, fué el intermediario.

Búsquese ese otro insignificante trabajo; y si hay en él, ó en *Lo Porvenir*, algún elogio á la política de Zelaya, con gusto romperé

mi pluma, dejaré la política, y a tan poco costo y con gran contentamiento de mis enemigos, se conseguirá lo que muchos desean.

Por otra parte, también presenté nuevas obras al Gobierno de Zelaya. Otra, igualmente revolucionaria, me la robaron por medio de Altamirano. Igual cosa me sucedió con un manuscrito que el año de 1899, al capturarme en Corinto, me arrebataron.

Yo digo á los que me atacan que puedo venderles de nuevo obras mías; pero que nunca me las compren con la idea de comprar al mismo tiempo mi voluntad y mi conciencia, pues no la venderé.

Con don Félix P. Zelaya R. quedé siempre agradecido. En prueba de ello asistía á las fiestas que en La Victoria á porfía le prodigaban y pronuncié un discurso al pie de la estatua que en el parque de ese pueblo le levantaron.

No hace mucho, al pasar por allá con las fuerzas revolucionarias, ví sólo el pedestal. Sentí cierta tristeza al pensar en la instabilidad de las cosas humanas. Ya no quieren á Félix P. Zelaya, quien sabe cual otra estatua ocupará aquel lugar, mudo testigo de la sucesión de cosas y de hombres en este mundo.

De Félix P. Zelaya R. todavía, pues, soy amigo. Si él quisiera ocuparme en algo, con gusto le serviría, pues no olvidaré que su mano fué generosa conmigo, particularmente, y que siempre trabajó por mi libertad; mas nunca podrá exigirme que en calidad de juez ó de censor le apañe malas acciones, si las comete. Siempre será inflexible en el cumplimiento del deber, ora se trate de amigos, ora de enemigos.

Poseo otros libros, *Cosas de Centro-América, Educación, Trabajo y Ciencia*; y varios inéditos. Vean si quieren comprarme. Zelaya, Gámez, y cualquiera de mis enemigos. Les vendo, porque para eso los elaboro; pero ni siquiera pondré en la portada una dedicatoria para ellos, pues á los malos solamente dedico palabras de censura.

Espero su contestación señor Casco, y agradecido de antemano me ofrezco su ató. s. s.,

J. M. M. CADA.

Managua, 5 de Octubre 1910

Inocentes.

(A don José Dolores Aragón.)

Ya sé, amigo don Lo, que á la Revolución le pasará lo que á Don Quijote después de haber dado libertad á los galeotes, y si mal no recuerdo á Ginesillo de Pasamonte, quien apenas se vió suelto robó el rocío á Sancho y muchas otras cosas que en las alforjas éste llevaba.

Esto valió á Don Quijote un discurso elocuente, discreto y festivo de su sin par escudero.

Pero, á pesar de todo, amigo mío, seguirá creyendo que los jóvenes de León no saben lo que hacen, y que por eso merecen perdón.

Mis opiniones no son más que el resultado de un estudio psicológico de mi vida, un examen retrospectivo de mis modos de obrar y de pensar desde que tuve uso de razón.

Vive en Masatepe un cuñado mío, don Eduardo Córdova, en cuya casa pasé como cinco años de mi infancia. El es conservador y lo fué siempre. En esa atmósfera, leyendo, de continuo el "Diario Nicaragüense," me hice conservador, mejor dicho, me hicieron. El medio ambiente, penetrándome por los poros, los ojos y el cerebro, forjó en mi alma un sentimiento de aversión al liberalismo. Recuerdo que bailé de contento en las calles de mi pueblo el día del desastre de Chalchuapa, el celebrado dos de abril.

Después, tú lo sabes bien, fuí al Colegio de Granada, en el cual nos conocimos. El estudio, las lecturas, pusieron ante mi cerebro otro mundo. Ví con extrañeza que había algo fuera, una libertad que no conocía, por la que suspira y llora la humanidad.

Recuerda aquel suceso de tu expulsión. Te defendí con entusiasmo, no solamente por ser mi compañero, sino porque se cometía contigo una tremenda injusticia. El culpable verdadero fué Miguel Cuadra, y así lo declaró Izaguirre diciendo que no le expulsaba por que pertenecía á una de las principales familias de Granada. Estas palabras me produjeron mayor indignación, y desde entonces fuí revolucionario. ¡Adiós ideas conservadoras! La atmósfera de mi pueblo, la casa tranquila y apacible de mi cuñado, sus lecturas dadas en un corrillo, frente á la iglesia, se fueron de mi interior, y otras ideas muy distintas se apoderaron de mi alma.

Te digo en verdad, que había cambiado de alma. Me volví de magogo, de esos que merecen castigo. La Historia de la Revolución Francesa me hizo el daño más grave, pues llegué al extremo de escribir en loor de Justo Rufino Barrios—fija tu atención en esta barbaridad sin nombre—Otro día dije que el progreso debía hacerse á cañonazos y que si nuestros padres se oponían, también debíamos echar abajo á nuestros padres.

Dime, pues, amigo Mondragón, ¿fuí yo culpable? ¿Merecería castigo por pensar y decir esas cosas?

Yo pienso hoy que quienes merecieron castigo fueron mis maestros y los conservadores que entonces nos gobernaban, nada menos que el doctor don Adán Cárdenas y su Ministro de Instrucción Pública, pues consentían en la enseñanza de esa historia loca y desatentada, fárrago de injusticias, crímenes y desvergüenzas alabadas por escritores enfermos de la razón, ó extraviados del criterio, del santo criterio de la verdad.

Por eso yo trueno contra José Santos Zelaya y José Dolores Gámez, y los llamados aquí maestros del liberalismo. Créeme, amigo, no me siento generoso, como tú dices. Estoy tan herido en lo que más amo, la verdadera libertad, en mayor proporción ahora que estoy viendo hacer de ella el uso más

vergonzoso y triste, con insultos á señoras, que yo vería con gusto alzarse la pira contra Zelaya y contra Gámez. Yo pongo á esos hombres y á Fernando Sánchez fuera de la ley; pero no á la juventud, pobrecita, ignorante, que no conoce más que lo que le han dado, ni tienen más ideas que esas de la escuela y de nuestros programas de estudios, tan absurdos como insensatos en materia de moral.

Mañana diré más sobre este asunto, amigo mío.

J. M. MONCADA.

Managua, 6 de Octubre de 1910

Inocentes, ...?

(A don José Dolores Mondragón.)

Por todo extremo te agradezco, amigo mío, la ocasión que me prestas para dar á conocer muchas de mis ideas, el origen y fundamento de ellas.

La propia vida del hombre es su verdadera maestra. Yo no veo en los otros nada distinto de la evolución que en mi propio espíritu se ha venido realizando. No es nuevo decir que el hombre es el producto del medio ambiente; y sin embargo, ¿cuántos hombres, por ilustrados que parezcan, ignoran completamente lo que esto quiere decir!

Como te decía, el estudio y los sucesos del Instituto me forjaron liberal. Otro de los motivos de insurrección estudiantil, que dicen yo encabezaba, fueron los golpes que el señor Izaguirre dió un día á quien es hoy el Licenciado don Salvador Castrillo h., nuestro Ministro en Washington, revolucionario sincero, acreedor á las consideraciones de la Revolución; aunque dicho sea de paso la Revolución no lo ha considerado así, pues apenas llegó á Managua, le limpió el comedero de la Gran República. Así nos lo limpiarán á todos, amigo Dolores, andando los días y los meses y los años, porque á nosotros, los de la lucha, sólo nos juzgan hábiles para marchar á pie por esos montes de Dios, pero no para dirigir esta cosa pública, tan necesitada de hombres sabios y de políticos que apechugan con probonos y partidarios incondicionales.

Salí del colegio y seguí liberal. Necesitaba una lección para aprender.

La lección vino tan dolorosa y es tan conocida del pueblo nicaragüense, la víctima inocente, el cargador sencillo y crédulo de un monte de horrores, vergüenzas, é ignominias, que á los cinco meses de gobierno zelayista, el pobre «Centinela» se moría, á golpe de fuerza y su Redactor sufría la primera prisión. He contado después siete prisiones, decretadas contra mí, en nombre de la libertad. Un señor de Masaya, liberal de nota, llamado si mal no recuerdo José Pérez S., hermano del padre Víctor M. Pérez, como pudiera ser hermano en escarabajo y la paloma, que toda suerte de cosas se ve en este mundo, me persiguió con tan santo anhelo, que en ver-

dad fué preciso convertirme en lince capaz de colarse por el hoyo de una aguja. Para salir de la cárcel me colé por un hoyo abierto en una pared del Principal de Managua.

¡Ob, liberalismo!

¡Qué hermoso sueño me quitó de la frente, acostándome por fuerza en las duras baldosas, ó en el polvo de una mazmorra!

En 1896 ya tenía cierta repulsión al liberalismo y no quise ir á Nagarote como fueron los santos granadinos, políticos siempre afectos al noble deber de perdonar.

Yo no perdono, Dolores. No me codearé con probonos, ni criminales; pero todo esto te lo cuento para preguntarte si yo fuí inocente, cuando conservador, cuando liberal, es decir, en los tiempos en que no comprendía que una cosa son las palabras y otra cosa es la conciencia.

Desconfía de las palabras, Dolores, y cuando alguien converse contigo, procura leer en su interior, para no ser engañado.

Contarte los vaivenes del mundo exterior, durante se resolvían mis ideas en mi mundo interior, sería asunto muy largo y propio de una autobiografía, que ya tengo escrita.

Yo iba viendo con sorpresa los cambios de sonrisas, de caras serias que conservadores ó liberales me ponían alternativamente, según me vieran favoreciendo ó atacando sus intereses.

Porque allí tienes otro factor que influye en la conciencia humana y en el criterio, amigo Dolores. ¿Crees tú, por ejemplo, que en Granada no miran algunos con mayor disgusto á los probonos de Managua ó León, que á los de la casa? Pienso que un conservador puro no iría á hospedarse en la casa de Fernando Sánchez, mientras que en Granada podríamos aparearnos en la de Ernesto Martínez, quien, según el decir, pues yo no lo he visto, en pocos meses hizo gran caudal, por arte de magia que todos quisiéramos aprender, porque yo te digo, Dolores, que entre nosotros, á pesar de que no hemos calentado los almohadones del Ministerio, ya hay quien quiere hacer caudal, á costa de este pobre pueblo. Estamos levantando

el palo y no sé qué día lo dejaremos caer sobre el culpable, pero tanto arriesga la pava como el tirador, y en verdad que yo temo que caiga primero sobre mí; y me está dando la muestra El Diario de la Sultana, es decir, el periódico de mi tierra adoptiva.

Hasta otro día, amigo.

J. M. MONCADA.

Contestación á una carta

Señor don José María Moncada,

P.

Contesto su carta de ayer. Es absolutamente cierto lo que en ella manifiesta.

Como agente para el expendio de su obra: «Lo Porvenir» le propuse al Gobierno me comprara algunos ejemplares, lo que conseguí gracias á la buena voluntad y

9
amor á las letras patrias, de los señores doctor don Leopoldo Ramírez Mairena y coronel don Félix P. Zelaya R., ministro entonces del General Zelaya.

Seiscientos fueron los ejemplares que me compró el Gobierno y con los mil doscientos pesos que produjo la venta, concluyó Ud. de pagar el valor de la impresión del libro, pagó el papel que le debía á Tretopp, y me pagó á mí doscientos pesos por comisión.

Lo mismo sucedió con su otra obrita sobre el cultivo del tabaco. Yo influí para que le compraran la edición.

Esas transacciones se hicieron sin el conocimiento del Presidente y cuando á don Santos le leveron algunos capítulos de «Lo Porvenir» y supo que el Gobierno había comprado algunos ejemplares, dicen que se enojó grandemente y aun aseguran que mandó recoger la obra porque era subversiva.

De Ud. atento y s. s.

B. CASCO.

Managua, 7 de Octubre de 1910

61 Justicia y consecuencia

Da tristeza ver cómo se remueve la superficie social y llueven historias y denuncias contra multitud de personas tenidas por dignas en Granada, en León, en Managua y en todas partes.

Y mayormente entristece ver que no llega á la redacción de «El Centinela» una sola denuncia bajo firma responsable, sino bajo el anónimo.

Por manera que muy pocos aceptan la responsabilidad de sus actos y todos quieren que «El Centinela» se convierta en respiradero de las bajas pasiones, especie de cloaca máxima por la cual debieran circular á raudales el veneno, la corrupción, el odio y la envidia que por espacio de diez y seis años los hombres perversos almacenaron en Nicaragua.

De Granada acaba de llegarme una lista, sin firma responsable por supuesto, de toda clase de personas que hicieron negocios con Zelaya, que compraron casas baratas por influencia de él, que hicieron fortuna con privilegios de introducción, que le quitaron á una pobre heredera su hogar por un precio mezquino; de reconocimientos, indebidos etc.

Aparecen unos con cincuenta acciones de tabaco, otros con cien; hermanos que sacaban la cara y otros que se ocultaban tras ellos para escandalosas negociaciones; quiénes tras sus esposas, hermanas, parientes ó cuñados; monopolios de hielo, de víveres para consumo en la Costa Atlántica; bonos para exportación; que Juan Leetz negociaba.

Pero basta.—Verdad ó mentira, todo eso me sofoca.—Por uno ó por otro motivo, yo no quisiera poner la pluma en ese cuadro ni contribuir á entristecer á mis compañeros, á los que huyendo de esa corrupción escandalosa vivieron en el destierro, con la nostalgia escrita en la frente y en el ma.

Pensar que hemos traspasado sierras y escarpaduras, montes y llanos, sobre cadáveres y sobre inclemencias, para leer esto, para saber esto, para conocer lo que en verdad no sospechábamos!

Por eso pido ardientemente el Gobierno de los hombres honrados, para hacer justicia, para ser consecuentes con el programa de la Revolución, que no fué de partidos sino de protesta social, rebelión indómita contra toda esa vergüenza imborrable.

Desengañense los anonimistas y todos aquellos que esperan de «El Centinela» la diatriba constante.

«El Centinela» habla en voz alta, pero en favor de sus compañeros, por justicia y consecuencia. Pide que se retiren del Gobierno los que tienen parte en el festín de Baltasar y se emplee á los revolucionarios, á los que han llegado tarde al reparto, como llegan todos los que por virtud de honor y dignidad no piden.

No había cruzado la caballería del coronel Gustavo Argüello por la capital y ya estaban sentados en puestos de gran sueldo, en los negocios de tabaco, de aguardiente, es decir, en la misma fuente que enriqueció á los zelayistas, muchos que no fueron á la campaña, que poco ó nada hicieron por la Revolución.

Y no se diga que la Revolución no tiene hombres, porque paso á citarlos.

Hildebrando Rocha, Fernando Elizondo y Alejandro Cárdenas, jóvenes de inteligencia reconocida, que salvaron una máquina heroicamente en Santa Clara, de manos del enemigo.

Arturo Elizondo y Juan de Dios Matus, puros y firmes en el destierro.

Asunción Masís, entendido en el ramo de la telegrafía y apto para un puesto de importancia.

López Dubón, de Chinandega, revolucionario también sin tacha.

Ese coronel Gustavo Argüello, valiente y abnegado como hay pocos.

El General Tomás Masís, heroico siempre en la batalla.

El coronel Camilo Barberena, impetuoso en el combate.

Y muchos otros que nos dieron muestras de su valor y que han sabido protestar contra la corrupción imperante, ora en el campo de batalla, ora por la prensa.

Crean igualmente que «El Centinela» solo por un deber irrenunciable pide justicia y consecuencia, y clama contra ese impudor que brota de todas partes como fuente malsana y anega toda la superficie social.

Una poderosa nación extranjera tuvo que ver con la gangrena y simpatizó con la Revolución de octubre, porque era sana y santa.

No manchemos, pues, el santuario. Luchemos con fe inquebrantable, para que impere el bien, para que ocupen los puestos públicos los hombres honrados, para que no se borren del pueblo nicaragüense el recuerdo y la vergüenza.

J. M. MONCADA.

Enfermedades morales

Y de igual manera las marales. Como se dijo, los males morales provienen de la misma naturaleza egoísta del hombre ó del mal ejemplo y los malos hábitos.

Tomando por tipos dos criaturas educadas en la misma casa y hogar, observando el proceso de sus virtudes ó sus vicios, la psicología encuentra medios admirables de experimentación.

Si la madre da una fruta, por ejemplo, á uno de los niños, éste, por impulso fatal de su organismo, que tiende á saciar en primer término sus apetitos propios, sus gustos, porque es propensión natural é inevitable la lucha por la vida, no pensará, no intentará ciertamente compartir el fruto con el otro niño; á menos que la madre con el gesto y la palabra se lo ordene.

Si se lo ordena diaria y consecutivamente, al cabo de un mes, de dos, de seis, el niño, por una fuerza creada, forjada, por un hábito ya irresistible, compartirá, lo que reciba, con el otro niño, sin necesidad de las órdenes maternas.

Si, por lo contrario, la madre no dirige al niño y le abandona á su propio egoísmo, á su natural egoísmo, la acción del primer día, de no compartir la fruta con su compañero, se repetirá diaria y consecutivamente; y cuando sea hombre no sabrá, no podrá compartir con sus semejantes nada de lo que posee, ni sentirá pena por su proceder. Antes bien, su inteligencia, su corazón, su temperamento le hablarán contra la fraternidad, contra la caridad, contra el amor del prójimo.

Ahora bien, una vez adquirido este mal, por un proceso de quince ó veinte años, no habrá quizás poder capaz para enseñar á ese hombre otro proceder, para encaminarle hacia el amor de sus semejantes.

Mas si un día ó un mes después de que el niño descuidó su deber, la madre reflexiona y vuelve sobre sus pasos, y se empeña en corregir el defecto, lo conseguirá probablemente, con alguna dificultad. Le costará la enseñanza de esta virtud más de lo que le habría costado comenzando por decir á su hijo desde el primer día: reparte esa naranja con tu hermanito.

Por eso una madre entendida y bien educada es el más precioso tesoro del hogar, lo más grande y más noble que existe en este mundo.

De igual manera, si el niño golpea, si el niño hiere, si el niño ofende, insulta á su compañero ó á su hermano, sin que haya una voz cariñosa ó severa, un castigo que le obligue á moderar los impulsos naturales de su temperamento, cuando llegue á hombre, por malos hábitos adquiridos y como petrificados en él, por manera forzosa, fatal, verdaderamente inconsciente, será, pendenciero, insultador de oficio, ladrón ó asesino.

Y el otro niño, el criado con la voz severa de la madre, con mandato diario, perseverate, que debe

arrancar desde la cuna, será virtuoso, bueno y noble, y cuando sea hombre no habrá poder bastante que le desvíe del buen sendero. Repugnará á su naturaleza, á su corazón, á su temperamento todo acto villano é innober. Para proceder bien, obrará por impulso espontáneo, sin necesidad de reflexión. Su mano misma, sin orden casi del pensamiento, se levantará, tomará la limosna y la dará con gusto al necesitado.

Por el mismo camino, por enseñanza y descuido de las madres, aprende el hombre á ser falsario y mentiroso; y por el buen ejemplo y la severidad de las mismas aprende á decir, amar y respetar la verdad.

Aquel niño mentirá, falseará los hechos inconscientemente, en su interior. Cuando llegue á hombre, será difícil, por no decir imposible, desviarle, enderezarle hacia otros procederes. La enfermedad, no curada en la infancia, se conaturaliza con el hombre y con él muere. El sepulcro es su único remedio.

Y por la misma causa la virtud y la educación sembradas y desarrolladas desde la cuna van con el hombre al sepulcro y le sirven como de aureola.

Las enfermedades morales, en consecuencia, tienen su verdadero origen en la niñez y son curables en relación con el tiempo durante el cual se desarrollan. A medida que se las deja crecer, la dificultad, la imposibilidad de curarlas aumenta.

Managua, 8 de Octubre de 1910

Extraña doctrina

A don J. Dolores Mondragón.

Ahora resulta, amigo mío, que todas mis teorías son extrañas. Laman teoría la verdad y la ciencia, pues yo estoy convencido de que mis observaciones están en todo de acuerdo con la sociología moderna.

Y sin dadas van á creer extrema la teoría de la irresponsabilidad, á la cual me van conduciendo, poco á poco, mis ideas.

Ya vez cuanto me ataca, sin motivo alguno, don Mariano Zelaya B. Pues bien, yo le juzgo irresponsable como los jóvenes leoneses. Ya él está viejo, las ideas están petrificadas en él. Sus facultades ya no le ayudarán para ver las cosas de distinta manera de como las vió *in illo tempore*. Tiene esta propiedad singular el cerebro humano. Se va forjando en conformidad con el medio ambiente, con las ideas que se le han ido infiltrando; y lentamente, con la edad, va afirmándose en un sentido dado, fatal. Lo que entonces piensa y expresa es el resultado de sus gustos é inclinaciones, ideas y conciencias anteriores.

Mariano Zelaya B., por ejemplo, no puede ver las cosas sino bajo el prisma conservador. Todo lo demás le ofendé. El se confiesa, comulga, oye misa diariamente y mira en como enemigos á los que no

tienen sus hábitos. Porque en definitiva esto es lo que resuelve todas las cosas de este mundo: el hábito.

Yo, al contrario, no me confieso ni comulgo, pero creo ser más cristiano que él, pues quiero y amo lo que el Cristo quería: la libertad de conciencia.

Al mismo tiempo, por efecto del mismo desarrollo intelectual y de la evolución, mis ideas se han ido desarrollando y petrificando, por decirlo así. Yo no quiero para Nicaragua un partido conservador extremista, ni partido liberal extremista. Ni Torquemada, ni Marat, en mi concepto, tienen derecho á participar del movimiento social y político, por que ambos tienden á la destrucción de la humanidad.

Y creo sinceramente que todo partido intolerante es contrario á la moral y á la vida, y en consecuencia al progreso humano.

Yo soy, pues, ahora, evolucionista, y no liberal, ni conservador como algunos piensan. No creo tampoco en la revolución armada, y si fuí á la guerra con alma y vida, fuí por cuestión social puramente, no por razones políticas. Desprecio la política por lo mismo que descansa en la falsedad. Sé que muchos comulgan y se confiesan por razones políticas, por engañar al pueblo, porque creen que este coje con fanatismos y que puede ayudar á escalar el poder público á los que más fanáticamente se expresan, por más que en el fondo hayan tomado lo ageo y deseado la muerte del prójimo, y halegado al poderoso para que les concediera monopolios y otras granjerías.

Pero esto no quita, amigo Dolores, que yo sienta admiración y cariño entrañable, personalmente, por los hombres sin tacha, por un Emiliano Chamorro, por un Adolfo Díaz, por ejemplo.

Sin embargo, si me dicen que yo les proclame reyes, diré que no y trabajaré contra ellos, porque no quiero testas coronadas. Yo soy sencillo, soy humilde hijo del pueblo y con el pueblo me quedo gustoso.

Así, pues, querido Dolores, no te asuste mi doctrina de la irresponsabilidad; y si me preguntas lo que debo hacer con el niño, si comete una falta, yo te diría: castigarle. Porque solamente de esa manera puede aprender y ser hombre útil y educado, de buenos sentimientos y de noble corazón. Si le dejamos crecer libremente, será hombre perdido.

En cambio, si me dices ó me preguntas lo que debo hacer con Mariano Zelaya B., yo te contestaría: perdonarle. Ya está viejo. Esas ideas que tiene, nadie se las sacará de la cabeza; y si le castigáramos faltaríamos al espíritu esencial de la pena, que es el de corregir y perfeccionar.

J. M. MONCADA.

ES UN DEBER

Muy disgustados están los aludidos ó los que se creen aludidos por mis escritos.

Uno de ellos desentierra las cosas del Instituto de Granada y llama venerable al Doctor José María Izaguirre, uno de los cultivadores de este servilismo sin nombre, que hemos conocido en los diez y siete años de Zelaya y Madriz.

A ese señor no le es fiel la memoria, pues no recuerda que al señor Izaguirre le sucedió don Miguel Ramírez Goyena, y que los castigos fueron de él, á causa de haber querido asesinar un día, con una bomba que estalló en un pupitre, á la hora de lista, al inspector Eugenio Corea. Se deshizo el mueble en mil pedazos.

Llama espionaje el calumniador á la Inspección General del Establecimiento, que yo tenía, y el haber trabajado con ahínco por arrojar del alto puesto de maestro de la juventud á un hombre que fué funesto para Nicaragua.

Un día, doscientos de esos niños se arrojaron con revólveres y piedras sobre mí, y gracias á doña Flora Guzmán y á don Adrián Castellón, no fué asesinado.....

Pero quiero callar estas cosas. No veo la necesidad de discutir mi nombre. Nadie sabe mejor que yo cuanto cuesta llevar una vida de lucha y guerra contra el mal y en defensa del honor de la República. Yo mismo no sé cómo no he caído antes en la brecha y sé también que caeré, pero diciendo como Francisco I; *Todo se ha perdido menos el honor*.

Escribo estas palabras ahora, no para defenderme del ataque, sino para hacer honrosas salvedades y nombrar á muchos ciudadanos, que aun sin haber ido á la guerra, todo se lo merecen.

Cómo podría yo murmurar de ver en un puesto público á don Salvador Lezama, hombre sin tacha, enemigo siempre de Zelaya y de Madriz, empobrecido, arruinado y perseguido, mientras otros hacían fortuna.

Qué se diría de mí si atacara al maestro Trinidad Cajina, honrado y leal como muy pocos; si diera á entender algo contra el general Moreira, víctima de las venganzas y atropellos de Zelaya. Hay muchos de esos hombres á quienes no es necesario esceptionar. La conciencia pública les cubre con su égida y la patria agradecida les condecora, como sucede con el Doctor Adán Cárdenas y podría suceder con don Salvador Chamorro, otro proscrito, hombre de carácter, patriota sin doblez.

¿Quieren formar con esa clase de hombres el Gobierno? Que se les llame y que acompañen al General Estrada. Yo me retiraré gustoso y creo que muchos de mis amigos, con el orgullo de haber cumplido con el deber de ciudadanos, peleando por la libertad. Pero los probonos no tratan de

Oct.

arran

70

25

70